



Fotografía: Agung Pandit Wiguna en Pexels, en: <https://www.pexels.com/es-es/foto/nino-con-macbook-plateado-en-el-interior-3401403/>

Legado y presencia de Paulo Freire Tres lecciones para el futuro de la educación

Danilo R. Streck

Universidade de Caxias do Sul (UCS) | Brasil
streckdr@gmail.com

Un reciente congreso del Consejo Mundial de Sociedades de Educación Comparada tomó como tema “el futuro de la educación”. Por un lado, la declaración puede descartarse por ser un simple ejercicio retórico; al fin y al cabo, todas las sociedades tienen algún tipo de educación, aunque utilicen terminologías diferentes: los valores y conocimientos capaces de garantizar la vida presente y futura se transmiten de generación en generación. Sin embargo, una mirada más atenta sugiere que la actual conjunción de problemas —políticos, ecológicos y sociales— configura una crisis de civilización y pone en riesgo

la existencia de la vida en el planeta, no sólo la humana. La propia educación, tal y como estamos acostumbrados a concebirla, también está en peligro, por lo que no se trata sólo de pensar en la educación para el futuro como si estuviera garantizada.

Este año, en el que celebramos el centenario de su nacimiento, Paulo Freire puede ser un compañero para abordar esta cuestión. Aunque murió hace más de dos décadas, su obra no ha dejado de crecer en innumerables prácticas y reflexiones; sus libros forman parte del pensamiento de aquellos educadores que con él han asumido el compromiso

de reinventar las pedagogías del oprimido desde los desaharrapados del mundo, como propone en la dedicatoria de *Pedagogía del oprimido*. Estas pedagogías se producen en las aulas con niños y jóvenes, en proyectos de investigación participativa, en movimientos sociales y en asuntos públicos populares.

El título de este artículo reúne a propósito tres tiempos: el presente (la presencia), el pasado (el legado) y el futuro. Esta temporalidad plural se basa en su visión de la utopía. Para Freire, la utopía no existe en algún futuro, sino que se construye en la vida cotidiana a partir de las experiencias del pasado. La “pura espera” es vana porque será incapaz de generar otro futuro que se construya desde lo inédito viable de las prácticas cotidianas. La palabra “lecciones” también es polisémica y tiene varios adjetivos: lecciones de vida, lecciones morales, deberes (como ejercicio a realizar y presentar al profesor), entre otros. En este texto, la palabra tiene, sobre todo, un sentido de tarea, compromiso y desafío. Es decir, si queremos otro futuro, con otra educación, es necesario que identifiquemos algunas prioridades en nuestro trabajo pedagógico. A continuación se presentan algunas de ellas como punto de partida para el diálogo.

Primera lección

Reafirmar la humanización no sólo como horizonte de la educación, sino como praxis en todos los contextos educativos

Al principio, con la *Pedagogía del oprimido* Paulo Freire anuncia que la humanización era una tarea urgente e inaplazable. Hablaba de ello en la década de 1960, cuando en América Latina se instalaban dictaduras militares en varios países, pero al mismo tiempo se cocinaban a fuego lento movimientos de liberación en el mundo. En la primera nota al pie del libro habla del movimiento juvenil que denunciaba la burocracia, la civilización del consumo, la desconexión de la universidad respecto del contexto social, etc. También estaban los movimientos de libe-

ración de las colonias en África, de las mujeres, de los negros, entre otros. Era como si se produjera un choque de realidades e intencionalidades: una que buscaba restringir el movimiento de la sociedad en busca de la libertad en nombre del orden, y otra que buscaba ampliar los espacios de realización individual y colectiva.

La noción de humanización corresponde a la lucha por lo que Freire concibe como la vocación ontológica del ser humano: la vocación de ser más. Por ello, no existe ninguna medida preestablecida, ni siquiera una hoja de ruta que garantice su realización. Esta vocación se realiza en la historia concreta, en la vida cotidiana, en la familia, en la escuela y en el trabajo. Para Paulo Freire, el proceso de ser más está ligado a lo inacabado del ser humano. El reto pedagógico es tomar conciencia de esta inacababilidad e identificar las direcciones, no hacia un “acabado” definitivo, sino hacia la potencialidad de un continuo devenir junto a los demás y de apertura al mundo.

De esta premisa se deduce que el mundo tampoco está acabado. Paulo Freire ve la historia como una posibilidad, pues no existe ningún tipo de destino previo para su realización. En esta lógica, la educación es también siempre un acto político, ya que está inmersa en complejas relaciones de poder. Por ejemplo, ¿cuál es la historia que queremos contar a nuestros niños y jóvenes? ¿Cuál es la historia que hemos aprendido y que eventualmente tendremos que desaprender? Leonardo Ucha, profesor de historia en un suburbio de Porto Alegre (Brasil), relata en su tesis de maestría que al preguntar en su clase qué sabían de la historia de su barrio, una niña respondió que ni siquiera sabía que su barrio tenía historia. Las historias “oficiales” eran las de las páginas de la policía. Este profesor, junto con sus alumnos y la comunidad, ayudó a develar una historia oculta, encubierta por versiones que —no sin intereses— descalificaba a las personas que vivían en ese barrio. Esta clase de historia fue un acto político de conscientización que transformó la visión de la realidad.

Dado que la humanización se produce dentro de la historia, no puede verse como un proceso lineal, como si hubiera un guion seguro que nos hace avanzar de un menos a un más. Paulo Freire siempre deja muy claro que vivimos en una tensión permanente entre la deshumanización y la humanización. Esta tensión se hace evidente en la pandemia de COVID-19 que lleva más de un año asolando a los habitantes de todos los rincones del planeta. Ya se ha dicho que la pandemia saca o hace aflorar lo más positivo del ser humano, como la solidaridad con los que no tienen acceso a alimentos, la ayuda a los niños que no pueden ir a la escuela y no tienen el material adecuado, etc. Pero también revela los lados perversos, como la falta de cuidado para evitar el contagio, la competencia deshonesta por las vacunas, la irresponsabilidad de los gobiernos, etc.

Para concluir esta primera lección, me gustaría destacar dos cuestiones más. La primera es que la humanización es un proceso que tiene lugar junto a otros sujetos, en la intersubjetividad. Esto significa que no puedo “humanizarme” si trato al otro como un objeto, o si permito que el otro me trate como un objeto. Esta relación sujeto-sujeto es muy difícil en una sociedad dividida por tantos prejuicios y desigualdades, pero hay que verla como un proceso necesario y posible para salir del círculo vicioso de la violencia y la deshumanización.

La segunda cuestión es que la humanización no puede concebirse como si la humanidad fuera realizable fuera del mundo, que para Paulo Freire incluye también la naturaleza. Para él, el mundo son las relaciones interpersonales, las relaciones laborales, la organización social y política, pero también son los árboles que dan sombra, el agua que bebemos, el aire que respiramos. Sin este mundo, que no puede ser visto como un simple soporte material para ser “utilizado”, no puede haber humanización.

Segunda lección

La acción dialógica como principio pedagógico-metodológico para la acción cultural transformadora

Remito esta lección al cuarto capítulo de *Pedagogía del oprimido*, donde Paulo Freire ve la “antidialógica” y la “dialogicidad” como matrices de teorías de la acción cultural antagónicas. Respecto de la acción antidialógica, Freire identifica la conquista, el divide y vencerás, la manipulación y la invasión cultural. Como contrapunto, en la teoría de la acción dialógica tenemos la colaboración, la unión, la organización y la síntesis cultural. El enfoque de Freire tiene su singularidad en el hecho de situar la pedagogía en el contexto de la transformación revolucionaria de la sociedad. La revolución implica rupturas con el orden social imperante, pero no todas las rupturas conducen a la creación de formas de convivencia más justas. Por ello, advierte que la dirección revolucionaria puede caer en trampas, como transformar los cambios en una revolución privada, que acaba por volverse sectaria.

Es importante señalar que Freire sitúa el diálogo en la acción y no en un lugar abstracto: la acción es el sustantivo y el diálogo es la cualificación de esta acción. Esto se corresponde con su insistencia de no disociar teoría y práctica, acción y reflexión. Por eso la palabra se convierte en “verborrea”, un neologismo que expresa la desvinculación entre el decir y el hacer. Para Freire, la pronunciación del mundo no es un ejercicio verbal o retórico, sino que implica la producción de cosas nuevas factibles allí donde nos encontramos.

La primera característica de la acción dialógica es la colaboración. Aunque se refiere al liderazgo revolucionario, esto se aplica a cualquier proceso social que tenga una intencionalidad pedagógica emancipadora. Colaborar significa ponerse juntos en la tarea de comprender transformando o de transformar comprendiendo. Implica aceptar que existe una direccionalidad en la tarea educativa, por la cual el educador (ahora educador-educando) tiene una especial responsabilidad, pero también reconocer que esta direccionalidad no se produce a costa de la horizontalidad entre los sujetos.

A esto le sigue la unión, como otra característica de la acción dialógica para la transformación,



Fotografía: Lon&Queta en Flickr, en: <https://flic.kr/p/2m3icjw>

en contraste con la táctica de dividir para dominar. La unión se ve obstaculizada por la ambigüedad que experimentan los oprimidos, cuando su “yo” dividido les hace temer acciones que podrían transformar las propias condiciones que generan la opresión. La fragmentación en la sociedad encuentra su paralelo en la estructuración del sujeto, donde lo cognitivo se separa de lo afectivo y activo. La acción pedagógica consiste en problematizar la “adherencia” a la realidad opresiva y tratar de trascenderla. Para ello, debe ver al educando (ahora educando-educador) como una totalidad indivisible: razón, afectividad y acción.

Muy próxima a la unión está la organización, que se opone a la manipulación. No encontramos en Freire estrategias de organización, sino el énfasis en el papel del liderazgo como testigo de que la liberación es un reto y una tarea común. Señala algunos elementos constitutivos de este testimonio que vale la pena recordar: la coherencia entre el decir y el hacer; la audacia necesaria para afrontar la existencia como un riesgo permanente, sin prescindir del miedo como realidad; la radicalización frente a la

sectarización; el coraje de amar, que luego identifica como amorosidad; la creencia en la capacidad de los oprimidos para trascender e intervenir críticamente en su realidad para transformarla.

Finalmente, en oposición a la invasión cultural, Paulo Freire identifica la síntesis cultural. Se parte de la base de que existe una relación dialéctica entre la estructura de la sociedad y la cultura como mantenedora de estructuras. De ahí que, para él, la transformación de las condiciones que generan la opresión no pueda dissociarse de la cultura que la generó y que, dialécticamente, puede ser el lugar de generación de nuevas condiciones objetivas de organización social. La invasión cultural no sólo se produce por parte de fuerzas opresoras y reaccionarias, sino que también puede producirse por parte de liderazgos que se consideran dueños de la verdad. La síntesis cultural supone una negociación cultural permanente, en la que se negocian conocimientos, valores y visiones del mundo. No niega las diferencias, sino que se basa en ellas para crear algo nuevo.

Hemos señalado al principio que Paulo Freire sitúa el diálogo en el contexto de la acción; el diálogo,

al mismo tiempo, está orientado al desarrollo de una teoría de la acción liberadora que, a su vez, se despliega junto con la acción dialógica a través de la colaboración, la unión, la organización y la síntesis cultural. La pedagogía del oprimido puede verse, pues, como una teoría de la educación liberadora, inserta en un movimiento más amplio de una teoría o teorías de la acción dialógica, que se concreta en una teología de la liberación, una sociología de la dependencia, un teatro del oprimido, una teoría de la (des)colonialidad, entre otras.

Tercera lección

Educación para la promoción de una ciudadanía mundial o planetaria crítica y solidaria

La pandemia del nuevo coronavirus tiene entre sus muchas consecuencias la creación de un sentimiento de pertenencia común entre nosotros los humanos y con los demás seres que comparten la vida en este planeta. Gestos de solidaridad local e internacional se combinan con escenas de competencia por los medicamentos y las vacunas; ambas prácticas revelan que estamos juntos en el mismo barco y que a medio y largo plazo tenemos la posibilidad de salvarnos juntos o hundirnos juntos como civilización. Es necesario, por tanto, revisar la noción de ciudadanía, generalmente inscrita en ideales de alcance nacional. Esloganes recientes como el del expresidente estadounidense Donald Trump: “*make America great again*”, o el del actual presidente brasileño Jair Bolsonaro: “Brasil por encima de todo, Dios por encima de todo” traducen sentimientos de un nacionalismo fanático que encuentra eco en parte de la población de muchos lugares del mundo, en contraste con las exigencias de un orden mundial que nos desafía a ver y afrontar los problemas desde una perspectiva que va más allá de las fronteras nacionales. Grandes problemas como el cambio climático, la contaminación atmosférica, el cada vez más difícil acceso al agua potable, los cambios en el mundo del trabajo y la metamorfosis de la

explotación capitalista no encajan en una visión restringida a los Estados nacionales.

¿Qué podemos aprender de Paulo Freire y sus andanzas por el mundo para promover acciones pedagógicas para la creación de una ciudadanía ampliada? Destacaré brevemente los principales aprendizajes de los lugares por los que deambuló Paulo Freire durante su periodo de 15 años, después del golpe civil militar en Brasil en 1964. Hay que decir que estas andanzas comenzaron en su propio país, donde, tras la exitosa experiencia con el método de alfabetización en el Nordeste brasileño, fue invitado a coordinar un programa nacional de alfabetización de adultos, con la creación de centros de cultura en todas las regiones del país. Fue con la interrupción de esta experiencia que comenzó sus andanzas por el mundo.

Tras una breve estancia en Bolivia, donde no se adaptó al clima, Paulo Freire trabajó para el Ministerio de Educación del gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1970) en el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (organismo conjunto de las Naciones Unidas y el Gobierno Federal) y para la Corporación de la Reforma Agraria, lo que le permitió viajar por todo el país. Así descubrió, desde su exilio, el poder de la lucha de clases, que se revela en su clásico libro *Pedagogía del oprimido*, escrito durante su estancia en Chile, en forma de antagonismo entre opresores y oprimidos. Se podría decir que fue un periodo de aprendizaje de América Latina y de comprensión de su latinoamericanidad. Recordemos que para un brasileño esto no es tan evidente porque en el discurso y en la práctica a Brasil le cuesta identificarse como parte de América Latina.

Desde Chile, Paulo Freire viajó a la Universidad de Harvard (1969) como profesor visitante. Fue un periodo de entender y experimentar las contradicciones generadas por el capitalismo desde las “entrañas del monstruo”. Tuvo la experiencia de vivir en el país que concentra la mayor riqueza del planeta, pero al mismo tiempo podía ver que el llamado Tercer Mundo también estaba dentro de esta misma

realidad, que generaba sus pobres y su discriminación. La teoría de la dependencia creada por los intelectuales latinoamericanos le ayudó a comprender las desiguales relaciones de poder entre las naciones “desarrolladas” y las “subdesarrolladas”, y le permitió ver que ambas realidades son caras de una misma moneda.

La siguiente estación de sus andanzas fue Ginebra, donde trabajó como consultor del Consejo Mundial de Iglesias en el ámbito de la educación. Este es el periodo en el que se convirtió efectivamente en un educador mundial. Sus libros fueron traducidos a muchos idiomas y su trabajo le permitió viajar y conocer realidades muy diferentes en todo el mundo. En este contexto, resulta especialmente interesante su trabajo en África, donde, como dice, descubre su africanidad. Es decir, el ser latinoamericano se integra con otras formas de ser en el mundo y con el mundo, componiendo una unidad que respeta la diversidad. Por eso hoy también hay tantos trabajos que, desde el punto de vista académico y práctico, hacen aproximaciones a Paulo Freire. Puede ser una práctica educativa en una ciudad alemana o una experiencia en la Bolivia rural; puede ser un diálogo con el filósofo Jürgen Habermas o un acercamiento al Ubuntu africano o al buen vivir de la región andina.

He tratado de seguir la trayectoria formativa de Paulo Freire para ejemplificar cómo esta ciudadanía ampliada se forma en la práctica, en la convivencia y la apertura al otro, al diferente. El exilio, paradójicamente, promovió estas experiencias. Pero no es necesario ser exiliado y la convivencia directa con culturas de otros países no es accesible para la gran mayoría de la población. Sin embargo, creo que las virtudes que vemos en Freire pueden inspirarnos para ampliar nuestra comprensión de la ciudadanía, sin olvidar lo local. Al convertirse en educador del mundo, Paulo Freire nunca dejó de ser el educador de Angicos, un pequeño pueblo del noreste de Brasil donde practicó el método que lo daría a conocer al mundo.

Para concluir, algunas tareas comunes

Para terminar, me gustaría compartir algunos desafíos que se me ocurren a partir de las reflexiones compartidas en este artículo. La primera es identificar otras lecciones en la persona y la obra de Paulo Freire, por ejemplo, veo que su propia forma de hacer pedagogía puede ser una lección importante. La *Pedagogía del oprimido* se prolonga durante su vida en otras pedagogías: de la esperanza, de la indignación, de la tolerancia, de la autonomía, entre otras que se crean reinventando a Freire. ¿Qué otras pedagogías están surgiendo y son necesarias hoy en día? ¿Cómo nos inspira Freire en la búsqueda de nuevas pedagogías? ¿Cuáles son las inhumanidades que hoy exigen nuevas prácticas y nuevas teorías?

Otro reto es continuar ampliando el horizonte de la pedagogía latinoamericana, que tiene como sello la educación popular. ¿Qué figuras de nuestra pedagogía, pasadas y presentes, aportaremos al diálogo con Paulo Freire? ¿Cómo dialoga la experiencia educativa de los zapatistas en México o de los mapuches en Chile con Paulo Freire? ¿Cómo ayudan Sor Juana Inés de la Cruz, José Martí, Gabriela Mistral, Domingo Faustino Sarmiento y tantos otros a componer este hermoso mosaico de nuestra historia pedagógica? ¿Cómo podemos apoyarles no sólo para que piensen en la educación del futuro, sino en el futuro mismo de la educación que queremos?

Lecturas sugeridas

En el texto las principales referencias son al libro clásico de Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*. Como la mayoría de los clásicos, el libro es más citado que leído. Sugiero, por tanto, que los lectores busquen un diálogo con el presente artículo a partir de la lectura de este libro. Para acompañarla, recomiendo consultar las entradas del *Diccionario Paulo Freire*, disponible en: https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/5749602/mod_resource/content/1/Diccionario%20Paulo%20freire.pdf